

PC-128
B. A.
FC 128-6



06

DISCURSO.



DISCURSO EN HONOR
DE
SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA

PRONUNCIADO EL 25 DE NOVIEMBRE DE 1884

EN LA

Universidad de Oviedo

POR EL

PADRE MARTÍNEZ VIGÍL

Obispo de la Diócesis.



OVIEDO

IMP. DE VALLINA Y COMPAÑIA
Catedral 9.

DISCOURAGED BY HONOR

ADDITIONAL IN VARIOUS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



Simile erit regnum cœlorum decem virginibus... Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes.

MATTH. 25, 1.

PARA honrar la memoria de una vírgen ilustre, nacida de régia estirpe, inflamada en el amor de Jesucristo, y versada cual pocas en la filosofía pagana y en la teología católica, la Iglesia nos presenta la parábola de las diez vírgenes del Evangelio. Al escandecerse la persecución de Maximino II, Santa Catalina aparece en aquella escena de sangre, para predicar la unidad de Dios con la autoridad de Sócrates, Platón y Aristóteles; la inanidad de los dioses gentílicos, con las lucubraciones de Diodoro de Sicilia y de Plutarco; y la divinidad de Jesucristo, verdadero Dios, sin perjuicio de la unidad divina, mediador entre Dios y los hombres, y redentor del mundo, con el cumplimiento de las profecías del antiguo testamento y con los oráculos de las sibilas, á quienes los paganos rendían incondicional homenaje. Se presenta al emperador en el templo de Serapis, reprende su impiedad y su sevicia, triunfa de sus cincuenta sofistas, que lavan antiguos errores en un bautismo de sangre, menosprecia el tálamo y el trono imperial, y precedida de la emperatriz Faustina y de Porfirio, jefe militar del cuarto del emperador, corre al encuentro del esposo eterno empuñando valerosa la palma del martirio, y orlada su frente con la aureola de la virginidad y el doctorado. Señores, si por el aceite de que han de estar provis-

tas las lámparas de nuestras almas, entendemos, como entienden varios expositores, la ciencia y la doctrina sagrada, Catalina había hecho provisión de ese aceite preciosísimo: Catalina fué una vírgen sábía.

¿Cuáles son las vírgenes locas? Sus lámparas se extinguían, faltas de aceite. Perezosas en la inquisición de la verdad, faltóles la doctrina, languideció la piedad, secóse la meditación y extingúese poco á poco la llama de su caridad. En vano recurren á las vírgenes sábías: el aceite de la doctrina no se presta, se adquiere con propias expensas. En vano acuden á los vendedores: ya no es hora de comprar, sinó de levantarse con la lámpara encendida, porque el esposo viene, recoge á los dispuestos, cierra tras sí la puerta y dice á los descuidados: *nescio vos*, no os conozco.

Todos habeis comprendido la moralidad de esta parábola: se encierra en la obligación en que estamos de vivir preparados para recibir en la hora menos pensada, como á esposo de nuestras almas, al Juez de vivos y muertos. Pero ¿habréis todos alcanzado el sentido filosófico de esa falta de verdad y de doctrina, que priva del reino de los cielos, y que Jesucristo llama locura? Oid.

Lanzado el hombre al medio de este mundo sabeleerle y comprenderle. Ve que los astros describen órbitas inmensas en la altura de los cielos, y aunque escondidos en la profundidad del espacio, les hace un signo con la mano, se abaten, y los pesa en la balanza de una academia. Ve al océano desplegar su inmensidad, y él con su genio atraviesa esos mares profundos en frágil barquilla, para estrechar con pueblos desconocidos el comercio y la fraternidad. El rayo que cruza el firmamento le inquieta; y el hombre estudia el rayo, y al andar de los siglos, consigue, por medio de un hilo, que muera á sus piés esa fuerza caprichosa y terrible.

Y bien! señores: todas esas fuerzas del espíritu y del génio del hombre se desvanecen por efecto de una simple catástrofe que ni preveemos ni explicamos. ¡Qué grande es el hombre! pero

Dios le toca con el dedo de su omnipotencia, y le pone bajo el animal dotado sólo de instinto: La locura es la mayor revelación de nuestra miseria y de la cólera de Dios. ¿Y qué es la locura? Sois una reunión de sábios que buskais la verdad, y pues yo, con el Evangelio en la mano, he llamado locos á los faltos de verdad y de ciencia sagrada, razón será que justifique mi aserto. La locura es una alteración permanente de la razón: es una catarata del alma. ¿Y la razón que es? Cierta número de verdades primeras y de consecuencias legítimas que extienden la vista de nuestra inteligencia. Luego la pérdida de la razón no es otra cosa que la pérdida de la verdad. Y como el espíritu no se altera sustancialmente, se sigue además, que lo que se pierde por la locura es la acción de nuestro espíritu sobre ciertas verdades primordiales que constituyen el fondo de nuestra inteligencia.

Ahora bien, señores, la pérdida de la verdad, que se resume en la locura, no es súbita: antes de llegar á esa catástrofe total hay locuras preliminares; porque son muchos los peldaños que pueden descenderse en la escala de la verdad; y este trayecto precisamente vamos á estudiar en este día, partiendo del catolicismo, que es la más perfecta posesión de la verdad, y llegando hasta la locura, que es su pérdida completa. Creo, señores, que encontraremos aquí enseñanzas provechosas para la vida, y el sentido profundamente filosófico con que llamamos locura á esa desviación parcial ó total de las verdades reveladas y de las verdades científicas. Estudiaremos la pérdida sucesiva de la verdad, entre el catolicismo, que es su polo positivo y la locura, que es el polo negativo.

Ave María.

SEÑORES, nuestro espíritu no es la verdad aunque la posea en mayor ó menor grado. Nacemos inteligentes, pero sin uso actual del discurso ó de la razón, sin posesión de la verdad, que vamos adquiriendo poco á poco á medida que aquella facultad se desenvuelve. Luego el espíritu del hombre no es la verdad; son dos cosas diferentes, desproporcionadas. La verdad es *lo que es*: la verdad son todas las sustancias, todos los fenómenos, todas las relaciones de los fenómenos entre sí y de los fenómenos con las sustancias. ¿Creeis que haya habido un solo hombre que haya penetrado todas las sustancias y conocido todos los fenómenos? ¡Ah! La ciencia universal no ha excitado jamás. Conocemos á lo sumo el estado de la ciencia en nuestro tiempo, pero ¡cuán grande es la Babel de cuestiones y de problemas insolubles?

Hay además desproporción entre nuestro espíritu y la verdad. Aquel es estrecho, la verdad no tiene límites; nuestro espíritu es todo tinieblas, la verdad, luz hermosísima. Es una verdad muy oscura, decimos algunas veces; no, señores, no. la oscuridad está de parte de nuestro entendimiento. Veo una fórmula algebráica, ¡qué oscura! exclamo; pero poseo la clave, y me parece clara como el día. Por consiguiente nuestro espíritu no es la verdad, aunque sea la facultad de poseerla. Luego hemos de buscarla fuera de nosotros, y como hay desproporción entre nosotros y ella, es preciso, si Dios es justo, que respecto á las verdades necesarias cuando menos, haya un establecimiento de la verdad donde ésta brille luminosa, donde esté armada para el ataque y la defensa, donde entremos seguros de poseerla completa. Es necesario que haya un establecimiento de verdad en la tierra, como hay un establecimiento de vida en la naturaleza: sin esta circunstancia habríamos de dar á la verdad un adios eterno.

Ese establecimiento es la Iglesia católica de la cual vosotros formais parte; la Iglesia católica, en la cual fuisteis bautizados, y que es vuestra vida y vuestra gloria. Ella defiende la verdad, cuando los gigantes de la ciencia levantan contra ella y contra vosotros, que sois sus hijos, dificultades que exceden vuestras fuerzas. En ella suscita Dios siempre obispos y doctores, que escuchan, que analizan con sangre fría el error, que le disecan, que muestran lo que en él hay de verdadero y de falso; que pronuncian un fallo y que defienden los fueros de la verdad, para que el error sea solo un torrente de algunos días, que no deja en la historia mas que la memoria de sus estragos. ¿Qué es hoy de los torrentes de los siglos pasados? Lo mismo será mañana de los torrentes de nuestros días. *Veritas autem Domini manet in æternum* (Ps. 116, 2.)

Mas ese establecimiento de la verdad, radiante de luz y superior á todo, objeto de todos los insultos, porque es fuerte, y la fuerza provoca siempre los insultos de los que aspiran á dominarlo todo: ese establecimiento, ese imperio de la verdad, es preciso aceptarle, obedecerle por un acto de humildad. ¿Por qué? Porque es más fuerte que nuestro espíritu y le manda, y porque nos resiste, si intentamos atacarle ó insultarle.

Y bien, señores, ese mandato de la verdad, esa resistencia de la verdad contra todas las coaliciones de los espíritus, ese mandato y esa resistencia nos pesan. Nuestro orgullo, hijo de las tinieblas de nuestra inteligencia, no quiere aceptar la verdad, sino como una fórmula: no quiere, al explorarla, encontrar un dique que le barra el paso. Hé aquí el primer orgullo, de donde procede la primera pérdida, la primera degradación de la verdad en la inteligencia, que es la herejía.

El hereje es el primer loco del Evangelio de este día. El hereje admite la necesidad de un establecimiento de la verdad sobre la tierra; pero le quiere sin mandato y sin resistencia. Busca en el mundo algo que sea más grande que él, más fuerte que él; algo que sea prenda de verdad, pero á lo cual falte fuerza y estabilidad para resistir á la voluntad de su espíritu; y bajo este concepto, to-

ma á Jesucristo contenido en la Biblia. Jesucristo es la verdad, y la Biblia es la verdad; y por eso la elección parece justa. Pero, señores, Jesucristo en la Biblia no manda, no resiste; Jesucristo resucitado subió á los cielos, y no está visible donde el hereje le busca. Su palabra está en la Biblia, pero es una palabra escrita, es una palabra fija; es, como dice Platón, una palabra que no tiene padre para defenderla, y que podemos trasformar á nuestro capricho. Por eso el orgullo del hereje queda satisfecho con un expediente que le parece aquietarle sobre la inevitable necesidad de un centro de verdad, que no molesta. Pero ¿es esto la verdad? ¿Pueden Jesucristo y la Biblia ser la verdad, cuando se les atormenta y se les sazona según el apetito de nuestro orgullo? No, hermanos míos, no: el hombre que ve hoy en el Evangelio lo que no vió ayer, negará mañana los dogmas de hoy, y mondan-do cada día la Biblia, no puede decir que posee la verdad.

De ahí la duda, que sigue al primer orgullo, la duda que es el mayor enemigo de la verdad; porque con la duda no es compatible ningún centro estable de verdad; con ella no hay más verdades que las convencionales, verdades que fácilmente se transforman en error, parecidas á los fuegos fátuos de los cementerios, que brillan un instante, pero que jamás son faro seguro para iluminar las sendas del espíritu.

Todavía no se satisface el orgullo del hombre con este primer paso. Jesucristo en la Biblia tiene cierta autoridad que se impone y que es preciso sacudir. Se declara que la verdad sólo subsiste en Dios, y que nosotros podemos alcanzarla sin ningún intermediario viviente. Tal es el teísmo, la segunda pérdida de la verdad, el segundo grado de locura del Evangelio.

Oid ahora el drama que se desenvuelve entre Dios y el espíritu. Dios es un nombre sagrado, bendito, invocado por toda la tierra; un nombre que protege al género humano, asiste al desgraciado, y con el cual se hace el bien entre los hombres; pero observad cuán á sus anchas queda el orgullo del hombre con ese Dios. ¿Por ventura ese Dios abstracto es la verdad? ¿Ese Dios que no tiene palabra, que no tiene acción sensible, que no tiene

representante, que no encontramos sinó en la escasa luz de nuestra razón? ¡Oh! Cómo crece en el teísmo la duda ya aterradora de la herejía! ¿Qué es ese Dios? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál su voluntad? ¿Cuál su providencia? ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Para qué nos ha puesto en el mundo? ¡Ah, señores! ¿Con qué datos resolveréis esas cuestiones? No teneis otros que vuestra manera particular de sentir. Así se dice cada día: Dios es demasiado bueno para condenar á los malos á penas eternas. Es decir, que el hombre decide de Dios, según el sentimiento de piedad que él mismo se forja. ¿Y si no es así? Dios es demasiado bueno para haber creado al mundo ha sólo seis mil años. Pero Dios es eterno, y eternamente bueno; luego el mundo es eterno; luego será eterno el tiempo, por más contradictorio que aparezca.

Sobre todos estos grandes problemas, en vano buscaréis en el teísmo un símbolo común: les falta el establecimiento de la verdad. Hacen á Dios á su imagen, á su medida, le tallan y le redondean según su manera de sentir. El Dios de los teístas es un hombre agrandado, con las ideas y la voluntad de los hombres. Dios hace tal y tal cosa, porque el hombre lo hubiera hecho así. ¡Qué certidumbre!

Llegados al fondo de este escepticismo, vemos al lado de Dios á la naturaleza, al conjunto de esta materia inferior á la idea que hemos formado de Dios. ¿Qué es la naturaleza? ¿La hizo Dios, ó ha existido siempre? Si Dios la hizo, ¡cuán grandioso aparece el misterio de la creación! Ningún filósofo lo ha comprendido. Pero sinó se admite la creación, el mundo es eterno, es infinito como Dios, porque lo que tiene el sér por si mismo, carece de límites, ¿Quién había de imponérselos? Luego la naturaleza es Dios, es el único Dios, porque dos infinitos son inconcebibles, imposibles no habiendo nada que los distinga. En vano se dice que la naturaleza es Dios viviendo en el mundo, es la manifestación del poder de Dios. ¿En qué manifiesta el poder de Dios, lo que no recibe el sér de Dios, lo que es por ende independiente de Dios? Aquí teneis á la naturaleza usurpando el lugar de Dios: aquí teneis al materialismo, tercera degradación en la pérdida de la verdad, y

tercera clase de locura contenida en el Evangelio. Porque si el hombre no encuentra en ninguna parte el mandato y la resistencia de Dios, que le imponga la verdad, acaba por negarle. Esta negación práctica es más común de lo que se piensa. Cualquiera que no admita un representante de Dios sobre la tierra, una palabra de Dios sobre la tierra, tarde ó temprano, y más ó menos embozadamente, acabará por negar á Dios, á fuerza de generalizar la idea de la divinidad.

Ved, pues, al orgullo del hombre, que aspira á la soberanía, sumido en un materialismo abyecto, por haber puesto el establecimiento de la verdad en la naturaleza, en vez de buscarlo en Jesucristo, en Dios y en la Iglesia.

Descendido el hombre á ese abismo, asido á un objeto palpable, único que le parece verdadero, ¿creeis que se detendrá en semejante estado de una manera fija y permanente? Pues no es así. Abandonados sucesivamente la Iglesia, Jesucristo y Dios, el espíritu del hombre, si es lógico, abandonará también á la naturaleza, para llegar finalmente á la pérdida total de la verdad, á la locura consumada.

Vedle solo con la naturaleza. Solamente admitelo que vé y comprende, lo que pesa y calcula matemática, física y químicamente, y lo que de estas leyes y principios se deriva. Pero ni aún así es libre porque las matemáticas también mandan. Si haceis una casa prescindiendo de sus leyes, la casa caerá: si llevais á cabo una operación quirúrgica, sin tener en cuenta los preceptos de las ciencias, mataréis al enfermo. Queda aún algo más fuerte que el hombre, que es preciso destruir las relaciones de las ciencias con la naturaleza. ¡Cómo! El hombre ha sacudido el yugo de la Iglesia, ha renegado de Jesucristo, ha negado á Dios, y ¿quereis que incline su espíritu ante una balanza de Roberval? ¿No ha de encontrar recursos para anonadar, siquiera sea en su inteligencia, á esa naturaleza que se le impone?

¡la naturaleza!... ¿Qué es la naturaleza? Un pedazo de materia: nada ante la inmensidad de mi espíritu: una afección de mis sentidos. Tengo dos ojos que me testifican de ciertas cosas: ¿pe-

ro quién me responde de la realidad de esas cosas? La experiencia me dice, que en determinado estado, veo cosas que otros no ven como yo: por consiguiente la naturaleza, como yo la veo, puede muy bien ser una ilusión de mis sentidos. Yo la afirmo; ella ni habla, ni se afirma, ni prueba su existencia. Los fenómenos que la distinguen sombras son y nada más, sin otra realidad que la de mi inteligencia que las evoca conforme á sus leyes constitutivas.

Dios mio! si se ha negado la realidad de la Iglesia: si se ha dicho que esta Iglesia, desde el principio del mundo, y principalmente desde Jesucristo, es un fenómeno sin realidad; si se ha dicho que sus dogmas, y la conversión del mundo y los mártires son una sombra, sin que importe nada que hayan existido ó no: si todo esto ha nacido en Siria de ensueños de algunos hombres alucinados, y ha sido continuado y proseguido por otros hombres engañados ó engañadores: si todo esto se ha dicho *científicamente* de la Iglesia, ¿qué no se podrá decir de la naturaleza? Si se ha condenado la realidad católica; si se ha pensado que el Papa, sentado diez y ocho siglos sobre un trono, no es nada: si se ha creído que ese anciano sin armas, odiado de tantas potencias armadas, no tiene otra fuerza que la simplicidad de sus creyentes ¿quereis que la naturaleza tenga poder bastante para hablar á hombres que profesan semejantes principios?

Y no me digais que expongo desórdenes intelectuales, que sólo existen en mi imaginación. Os estoy contando la historia verdadera del espíritu humano en Alemania, desde la herejía de Lutero, hasta el escepticismo de nuestros dias. Vosotros conocéis á algunos que niegan á la Iglesia y que afirman á Dios, ó que niegan á Dios y admiten la naturaleza. Poseen parte de la verdad, porque faltos de lógica, no han deducido todas las consecuencias de sus propios principios, no han recorrido toda la escala de las vicisitudes del espíritu. Pero esas vicisitudes vendrán aquí, como han ido á otras partes, porque si la inteligencia y la religión son nada, ¿qué ha de ser una estrella que brilla en el firmamento? Una nube; menos que una nube, una apariencia, que se ve, como se ve á Jesucristo, como se ve á la Iglesia.

Tal es el panteísmo subjetivo germánico, en voga hoy entre cuantos han nacido para satélites de todo cuanto es abyecto y vil. Yo soy, dice, la verdad; yo lo creo todo y lo hago todo; yo soy el absoluto, yo tengo la ciencia de lo absoluto; cuanto acontece en el mundo es creación de mi inteligencia.

Lo veis, señores; el espíritu humano, roto el primer eslabón que le encadena á la verdad, recorre toda una escala cromática *sempre minuendo*. Negó á la Iglesia, negó á Cristo, negó á Dios, negó al mundo ¿por qué no se ha de negar á sí mismo? Si halló dudas en la herejía, dudas en el teísmo, dudas en el naturalismo, ¿por qué no ha de encontrarlas en ese panteísmo, ó ateísmo, donde el hombre está solo consigo mismo? En efecto, si hubo un tiempo en que ni vivió, ni pensó ni se movió ¿no puede venir otro en que vuelva á la nada? ¿Qué será entonces de ese Yo, de ese absoluto, que se afirma á sí mismo como el fondo de todas las cosas?

Así se llega al último grado de locura, al escepticismo completo, á la duda de sí mismo. Dios ha asociado una duda á cada orgullo; á medida que crece la negación, la duda crece hasta llegar al escepticismo, la mayor de todas las dudas, porque el panteísmo es el mayor de todos los orgullos.

Todas estas almas son vírgenes locas que por no tener aparejadas las lámparas de sus inteligencias con el aceite de la doctrina verdadera, son excluidas por Jesucristo de las bodas celestiales. Nuestro orgullo es grande y Dios para curarnos danos lecciones severas. Nos impone la muerte, para que no digamos: *ego sum vita*; nos impone la locura, para que no digamos: *ego sum veritas*. A medida que una época se hinche de orgullo, se llena también de locos: á medida que el orgullo crece en el mundo, los manicomios se ensanchan, para recluir en sus muros á todos esos soberbios que niegan á la Iglesia, á Jesucristo, á Dios, á la naturaleza y á sí mismos. Es cierto que no todos los moralmente locos están reclusos, ya porque la justicia no es completa sobre la tierra, y ya porque la locura viene por grados, como un castigo que Dios tiene suspendido sobre la

cabeza del culpable, para que se convierta á la verdad; pero viene un momento en el cual Dios toma al hombre por la cabeza, se la sacude, le quita la razón á vista del mundo entero y pronuncia anticipadamente el fallo del dia final: *In interitu vestro ridebo et subsannabo.* (Prov. 1, 16.)

Concluyamos, señores, sacando de las anteriores reflexiones alguna consecuencia práctica.

Hay entre nosotros algunos católicos tocados de ese orgullo y de ese principio de locura; hay católicos que alzan contra el juicio de la Iglesia el dictámen de su propia razón, contradiciendo á ciertas verdades establecidas que no estiman capitales. Este es un principio de locura. Si esos católicos prosiguiesen por la pendiente comenzada, llegarían de negación en negación á cuantas negaciones os he descrito; para el efecto no es preciso renegar de todo, ni negarlo todo á la vez. ¿Sabeis por qué se detienen en el camino de las negaciones? Por pequeñez de espíritu. El raquítico de inteligencia, el hombre que no tiene capacidad de espíritu para afirmar todas las verdades, se mantiene á cierta distancia de la verdad y del error, se coloca en un término medio, que él llama religión ilustrada. Religión, que trunca la religión católica, y que para nada sirve. Hablad á ese hombre de milagros, y creerá que debe negar esos milagros, asociándose bajo ese aspecto á los hombres de la negación; pero se consolará diciendo, que respeta los milagros antiguos ¡Infeliz! No vé que padece un principio de locura, que le conducirá fácilmente á negar los milagros del Evangelio, después á negar á Cristo, y finalmente á negar á Dios. ¡Ah! señores. Pensemos que somos muy pequeños, que nada hay tan limitado como nuestro espíritu; no intentemos la locura de amoldar la verdad á nuestro espíritu, sinó nuestro espíritu á la verdad.

El fondo de todas estas locuras es el siguiente: Nuestro espíritu es el ínfimo en el orden de las inteligencias, y sin embargo no quiere admitir razón superior á la suya. Rechaza la razón de la Iglesia, porque es superior á la razón humana. Rechaza la razón de Cristo, porque es superior á la razón humana: y rechaza

la razón de Dios y las leyes de la naturaleza, como superiores y más fuertes, que esa pobre razón, llena de tinieblas, que aspira por torpeza y por orgullo á la soberanía absoluta. Desde que sintais, señores, una tentación de orgullo contra la verdad, desechadla, porque es una tentación contra la superioridad de la inteligencia divina, establecida en el mundo por medio de su Iglesia Santa.

HE DICHO.



